Dibujo de Figura, de Antonio Pereira

José Corredor Matheos

En la trayectoria de Antonio Pereira, «Dibujo de Figura» viene a ser suma y decantación de toda su obra. Tiene, este libro, trabada unidad, y no importa que se reúnan poemas muy distintos en cuanto al tema: de aire cotidiano, intimistas, paisajísticos, de matemática concreción, de viaje... El aliento es el mismo, y el ritmo, varía; adaptándose al hilo del sentimiento. No hay aquí fingimiento alguno ni un pretender decir como parece que se deba decir: sólo un afán de encontrar el camino de la identificación con las cosas. Poesía que se queda de pronto obsesivamente vacía. La fuerza no descansa en la imagen, sino en una cristalina claridad, en que las palabras se disuelven en el fluir continuo del discurso. Cuando las palabras han pasado dejan un rastro de serena tibieza:

«Se abrió el balcón y entró la voz del río,/ bandos de pájaros que ciegamente daban contra mi pecho...» El poeta no trata de imponerse; se limita a escuchar, a ver qué sucede en torno suyo: «Me hice aun lado, mis manos en mis ojos/; No es que entrara la luz, es que salía/ la oscuridad que tú nunca has querido…». Otras veces, la mirada se vuelve un tanto irónica, aunque se venza siempre, finalmente, por el costado de la comprensión sin reservas.

Diría que, en el caso de Pereira, como puede apreciarse en este libro, no existe conflicto profundo, dramático, entre él y el mundo. En última instancia, éste es aceptado sin enjuiciado. Puede deberse, en parte, a una delectación de morosa sensualidad, en la línea de Aleixandre, cuya huella, por otra parte, es acaso perceptible; no obstante me parece más importante lo que tiene de talante machadiano: una actitud ante la vida de raíz oriental, replantada en Castilla. El tiempo es contemplado como algo que se va desgranando entre los dedos, no como un espacio vacío que ha de llenarse de cosas, de acción. De ahí ese suave recogimiento y ese consciente e intimista fluir del poema. El poeta es un hombre que mira desde muy de cerca, desde dentro, pero a la vez se sabe fuera del juego. Se adivina que Pereira tiene tiempo para meditar: parece callarse muchas cosas, y su protesta es paciente: no rabiosa o escandalosa, porque no es desesperada. Se limita, notarialmente, a dar fe: viene a decirlo explícitamente: «...yo objetivo erijo un testimonio/ y no reprocho nada a don Joaquín/ (…) ni siquiera a mí mismo, un escribano/ da fe y se calla, ve volar las moscas/ y está pensando, pero siempre calla/ lo firman los señores de la mesa y yo secretario CERTIFICO». El poeta, de lo que se asombra es, precisamente, de las cosas más sencillas, y su vida y su poesía están hilvanadas de estos descubrimientos: «Volvíamos despacio/ con una hierba húmeda en los

dientes,/ asombrados/ de que el amor nos ensanchase el mundo/...»
Libro riguroso, hecho, no por obligación -como la mayoría-, sino sin querer, como se respira: versos nacidos con los paseos y las lecturas y las meditaciones. Y, detrás de estos versos, hay, sin duda, muchos otros, desechados por el rigor de su autor: «Por cada verso que os he dado/ en limpio/ -nos lo dice él mismo- otros sin culpa acaso se han quedado/ en el cajón que crece hacia el olvido». Que no será, desde luego, el caso de estos que, felizmente, han salido a la luz.